

la relación entre hombres y mujeres que permita influirse mutuamente.

La tercera parte resulta especialmente atractiva y sugerente por el uso creativo de las fuentes históricas. Nos referimos a la elección, por parte de Rosa Medina, de los consultorios sentimentales como puerta de acceso a las prácticas sentimentales de la época. Precisamente, son esos discursos marginales los que permiten a la autora acercarse a la subalternidad y hablar de la complejidad de resistencias al poder y a la norma amorosa establecida. Desde el punto de vista de Medina, ese tipo de fuentes es un auténtico yacimiento de saber que es necesario tratar con la misma legitimidad que los discursos científicos. Gracias a aquellos relatos, la autora puede presentar una visión de la dictadura menos monolítica y describir una realidad no homogénea, en la que la visión del flechazo como fuerza que te arrastra o la idea del amor como destino biológico, compiten con visiones distintas, en las que amar aparece como un proceso de conocimiento en el que hay que recorrer una distancia y en el que la aproximación al objeto amoroso hay que trabajarla de forma “orquestada”, con el fin de alcanzar el máximo bienestar para las mujeres.

En definitiva, nos encontramos ante un libro de referencia que invita a abrir nuevas investigaciones que arrojen luz sobre cuestiones vinculadas a la construcción identitaria de las mujeres y de los hombres durante el fran-

quismo. Nuevos trabajos que asuman, como lo ha hecho este, la difícil tarea de analizar la contestación o la asimilación de las interpelaciones de los discursos hegemónicos. En esa trayectoria, estamos convencidas de que las fuentes de carácter cualitativo resultarán una herramienta imprescindible.

MIREN LLONA GONZÁLEZ

*Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea*

MORADIELLOS, Enrique, *Clío y las aulas. Ensayo sobre Educación e Historia*, Badajoz, Diputación de Badajoz, 2013, 320 pp.

Cabría suponer que hoy nadie objeta el valor de la Historia como saber científico y que el sistema educativo español facilita e impulsa su estudio, pues aparte de las constantes declaraciones en este sentido por parte de tirios y troyanos, es patente el incremento de estudiantes universitarios matriculados en el Grado de Historia. Por lo demás, el pasado está muy presente en el debate público, llegando a ser en muchas ocasiones parte sustancial de la argumentación. Repárese, por ejemplo, en las largas discusiones en torno a la “memoria histórica” del antifranquismo o en el debate, siempre actual, acerca de las “señas de identidad” sobre las que, como dice Moradiellos con precisión en el libro que aquí se reseña, “se fundan (o pre-

tenden fundarse) las legitimidades de los proyectos nacionales vigentes y en competencia por la exclusiva lealtad de sus poblaciones correspondientes”.

Sin embargo, el autor del libro advierte que el horizonte no se presenta en modo alguno despejado. Si se implanta la ley orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa (LOMCE) se registrará un acusado retroceso de la Historia como disciplina en el Bachillerato y quienes cursen la denominada modalidad de Ciencias no estudiarán la asignatura “Historia Contemporánea Universal”, de modo que carecerán de información sistemática y crítica, por ejemplo, sobre los fascismos, las guerras mundiales o las crisis del capitalismo. En nuestros días es manifiesto el desprecio del saber histórico en determinados medios, especialmente en círculos financieros y empresariales, en los cuales se niega a la Historia carácter científico y su conocimiento se considera mero adorno, un apreciable componente a lo sumo de la “cultura erudita”, pero inútil en la formación exigible a una persona para integrarse en el llamado mercado de trabajo. Por otra parte, cada vez está más extendida en los medios de comunicación y, lo que es más preocupante, entre los políticos, una concepción del pasado sin base científica, próxima a la leyenda o al mito (Moradiellos ofrece ejemplos muy significativos, algunos incluso divertidos, si no fuera por la intencionalidad que delatan y por sus consecuencias).

La escuela, ha señalado Giovanni Levi, un gran historiador oportunamente citado en este ensayo, es y ha sido el lugar por excelencia de vulgarización del conocimiento histórico, de ahí la importancia de la Historia en el curriculum escolar. Pero constata Moradiellos que en virtud de una confusión muy extendida sobre la didáctica pedagógica, muchos profesores parten del supuesto de que lo importante es cómo enseñar una materia y no lo que se enseña. El resultado, al menos en lo concerniente a la Historia, es desastroso. Hay alumnos que salen de la escuela –incluida la Universidad– sin haber adquirido los objetivos marcados por el prestigioso Proyecto *Tuning* (2002) en la enseñanza y aprendizaje de la Historia. Esto es, no han adquirido una perspectiva racional y crítica sobre la evolución y dinámica del pasado de las sociedades humanas; están desprovistos de un conocimiento básico sobre acontecimientos, personajes, instituciones, conceptos y periodos y procesos históricos en una dimensión diacrónica (la cronología suele ser una de las principales víctimas del supuesto didáctico aludido) y adolecen de capacidad para distinguir los instrumentos fundamentales del oficio del historiador, por lo que son proclives a asumir los relatos míticos y presa fácil de los manipuladores, es decir, de pseudo historiadores o agitadores políticos muy presentes en los medios de comunicación, cuyos escritos son ampliamente publicitados en esos

medios. Moradiellos achaca estas carencias a la hegemonía alcanzada en nuestros días por ciertas perspectivas y aplicaciones de las teorías pedagógicas y didácticas fundadas en perfiles muy pagmatistas (lo individual como prisma único) y formalistas (se puede enseñar cualquier materia al margen de sus contenidos).

La constatación de esta situación, de la que Moradiellos hace una excelente exposición, es lo que le impulsa a emprender una lúcida y muy valiente defensa de la educación como valor irrenunciable y de la necesidad de la enseñanza y del estudio de la Historia, entendida como saber científico-social sobre el pasado. De esto trata el libro objeto de esta noticia, ganador con todo merecimiento en 2012 del Premio Arturo Barea convocado por la Diputación de Badajoz, un galardón que año tras año va adquiriendo prestigio y que con este texto comienza una nueva andadura, marcada por la apertura a un horizonte que supera el ámbito extremeño de sus inicios, a cuyo conocimiento, por lo demás, tanto han contribuido las obras anteriormente distinguidas con este premio.

El libro “no es un tratado sistemático de didáctica de las Ciencias Sociales en su faceta histórica, ni tampoco es un manual psicopedagógico sobre la educación histórica y sus problemas y desafíos en la actualidad”, advierte con toda intención Moradiellos en las primeras líneas de la introducción. Es un ensayo, resultado de

mucho reflexión y de amplias lecturas, redactado, como corresponde, en un excelente castellano. Rasgo sobresaliente de este texto es la claridad en la exposición y la precisión en los conceptos, extremos que conviene resaltar, tanto porque revelan el rigor intelectual del autor, como porque muchos escritos dedicados a esta materia adolecen de tales cualidades y abundan, por el contrario, en la pedantería y el abuso de frases rebuscadas que nada expresan, salvo –en todo caso– la altanería e ignorancia de sus autores.

Tres rasgos de la trayectoria profesional de Moradiellos (Oviedo, 1961) ayudan a comprender lo que se acaba de decir sobre la solvencia de su texto. Primero, su experiencia como profesor de Historia: durante tres decenios ha impartido docencia de forma reglada en las universidades de Londres, Complutense y Extremadura (de esta última es en la actualidad catedrático de Historia Contemporánea). Segundo: es un historiador reputado, dedicado, sobre todo, al tiempo de la Segunda República –con especial atención a los años de la Guerra Civil– y a la España de Franco. No es este el lugar para enumerar y valorar sus aportaciones historiográficas, varias de las cuales se han convertido en obras de referencia, pero no me resisto a dejar de mencionar su extensa y extraordinaria biografía de Juan Negrín (Península, 2006), modelo de esa complicada forma de hacer Historia que es la biografía y sin duda la mejor

sobre este controvertido e incomprendido –hasta ahora– científico y político. Tercer rasgo a resaltar de la trayectoria de Moradiellos: sus reflexiones sobre la Historia como ciencia y sobre la tarea del historiador, publicadas en varios libros y artículos. Este libro, pues, lo ha escrito una persona experimentada, que conoce la Historia, las teorías sobre esta ciencia y lo relacionado con su enseñanza y, en consecuencia, se preocupa por lo que en torno a todo ello sucede en nuestros días.

El libro está dividido en tres apartados, cuyos títulos indican a las claras, como debe ser, la orientación de su contenido: I. “La Educación como fenómeno histórico y antropológico”, II. “La didáctica pedagógica y los elementos del proceso educativo” y III. “La Historia como disciplina intelectual: el largo trayecto del mito al logos”. Cierra el volumen con un enunciado, presentado en forma de interrogante, que resume perfectamente el contenido del texto y expresa, al mismo tiempo, su objetivo fundamental: “¿Por qué no podemos prescindir de la Historia y debe estudiarse de modo general y básico?” Me atrevo a decir que los aspirantes a profesores de Historia, destinatarios principales de este ensayo, y no solo ellos, sino los profesionales que ejercen esta tarea en la actualidad, deberían –deberíamos– tomar como lectura obligada si no el libro completo, al menos este epílogo. No considero extemporáneo, por lo

demás, recomendar su lectura asimismo a cuantos ejercen un cargo público y, por supuesto, a quienes tratan de conformar la opinión pública a través de los medios de comunicación.

Insiste Moradiellos con suma claridad en el epílogo en que la enseñanza y aprendizaje de la Historia son necesarios, porque el conocimiento científico del pasado cumple una función informativa y tiene una utilidad crítico-formativa. Es el único medio para intentar discriminar de forma objetivada la verdad sobre el pasado de las falacias ofrecidas por los mitos históricos y otras fuentes de información, tales como las doctrinas religiosas, las leyendas y mitos. La Historia contribuye a formular las preguntas necesarias sobre el presente y a advertirnos de lo que puede fallar. Nos ayuda a enfrentarnos a afirmaciones dogmáticas (¿con cuántas se nos bombardea cada día?) y a evitar generalizaciones. Proporciona un sentido crítico de la identidad dinámica de individuos y grupos y promueve la comprensión de distintas tradiciones y legados. La Historia entendida como saber científico es, en suma –mantiene el autor de este libro–, un componente imprescindible para la edificación de la conciencia individual crítico-racionalista en las sociedades democráticas participativas como la nuestra (o como debería ser la nuestra).

Pero Moradiellos es consciente de que no basta con demostrar –lo hace con toda brillantez– la necesidad de

adquirir un conocimiento científico sobre el pasado. Es preciso, asimismo, enseñar bien la Historia, de ahí que dedique a esta cuestión una parte sustancial del libro. Las páginas sobre el particular pueden resultar polémicas, pero me parecen muy oportunas. Evidentemente, Moradiellos no objeta en modo alguno que la educación consiste en instruir y en formar; en consecuencia, no se declara contrario a asumir los avances de la Pedagogía y la Didáctica. Pero denuncia esas teorías que han convertido a la Pedagogía y la Didáctica en ciencias autónomas, que en palabras suyas, “mostrarían y desvelarían el proceso formal, racional y continente de la educación, la enseñanza y el aprendizaje con independencia de lo que pudiera ser la materia prima, el contenido disciplinar, el campo empírico y semántico referencial de esas actividades”. La educación –recalca el autor en la primera parte del libro– es una de las actividades básicas de la humanidad, porque las adquisiciones culturales no son heredadas genéticamente por los humanos, sino aprendidas socialmente. Y es una acción bidireccional, que se refiere a las actividades del maestro y a las transformaciones internas de los alumnos. Consiste en enseñar y en aprender. Por eso carece de sentido esa “retórica desnortada de la pseudociencia de la educación de naturaleza holística, onmicomprensiva y formalista”, que critica todo el pasado docente y mantiene que no hay ense-

ñanza posible, sino autoaprendizaje; que en la escuela no debe haber trabajo disciplinado, sino juego de descubrimientos, que la función del profesor la debe desempeñar un orientador que aprenda al compás del alumno y reconozca que solo sabe que no sabe, etc.

Frente a estos despropósitos, que tanto desconcierto han causado en la Enseñanza Media y también en la universitaria (en esta última como consecuencia sobre todo de una peculiar aplicación del popularmente conocido como “Plan Bolonia”), Moradiellos convierte la máxima latina: *primun discere, deinde docere*, en el núcleo de su libro. Para enseñar hay que saber lo que se enseña (el verbo “enseñar” es transitivo). Se enseña algo (esa fórmula tan en boga entre ciertos pedagogos: “aprender a aprender”, carece de significado, afirma). Y todos tenemos la experiencia de que para enseñar un poco de algo hay que saber mucho de eso, hay que estudiar. Evidentemente, si no se sabe Historia, será imposible enseñarla.

Pero a Moradiellos no solo le preocupa que se enseñe Historia y que se enseñe bien, sirviéndose de los avances de la Pedagogía y la Didáctica (insisto: de la lectura de su libro no deduzco rechazo alguno en este sentido, sino todo lo contrario). Aspira asimismo a que el sistema escolar potencie la enseñanza de la Historia, porque es una necesidad para nuestra sociedad. Su propuesta al respecto queda perfectamente resumida, a mi entender,

en la cita, casi al final del volumen, del informe oficial emitido en 1994 por una comisión de historiadores encargada por el gobierno de Estados Unidos de revisar la situación en el sistema escolar de la enseñanza de la Historia: “El conocimiento de la historia constituye la precondition de la inteligencia política. Sin historia, una sociedad carece de memoria compartida sobre lo que ha sido, sobre lo que son sus valores fundamentales o sobre las decisiones del pasado que dan cuenta de las circunstancias presentes. Sin historia, no podríamos llevar a

cabo ninguna indagación sensata sobre las cuestiones políticas, sociales o morales de la sociedad. Y sin conocimiento histórico y la indagación que lo produce, no podríamos obtener la ciudadanía crítica e informada que es esencial para la participación eficaz en los procesos democráticos de gobierno y para la plena realización por todos los ciudadanos de los ideales democráticos de la nación”.

EMILIO LA PARRA LÓPEZ
Universidad de Alicante